

Páginas Ilustradas

SE PUBLICA CUATRO VECES POR MES

Año II

Propietarios: **Calderón Hermanos**

N.º 54

DIRECTOR. *Próspero Calderón* + ADMOR.. *Alberto Medina*

Eternam Vitam

Para *Páginas Ilustradas*

Algo hay que vibra en la sustancia inerte,
Y en cada cosa la materia canta,
Una fuerza vital que se levanta
Dentro las mismas son bras de la muerte.

En la constante evolución se advierte
Que el átomo en la mole se agiganta,
Y que la mole su vigor quebranta
Por los efectos de contraria suerte.

La vida que sus gérmenes sepulta
En la sustancia que parece yerta,
Es porque vive entre la sombra oculta;

Pero si al golpe de la luz despierta,
En el concierto universal resulta
Que el alma de las cosas no está muerta.

DOMINGO MONGE ROJAS

El Terremoto del 20 de Enero de 1905

(Continuación)

I—*Sacudida microseísmica*, registrada por un seismógrafo sólo, ó por varios del mismo sistema, pero no por instrumentos de modelos diferentes. Sentida por un observador ejercitado.

II—*Sacudida debilísima*, registrada por seismógrafos de varios modelos y sentida por algunas personas en reposo.

III—*Sacudida muy débil*, sentida por muchas personas en reposo; bastante fuerte para que su duración ó dirección sean apreciables.

IV—*Sacudida débil*, constatada por el hombre en actividad; estremecimiento de objetos movibles, de las puertas y ventanas; crujido de los pisos, etc.

V—*Sacudida de mediana intensidad*, sentida por toda la población; estremecimiento de los muebles, retintín de algunas campanillas.

VI—*Sacudida fuerte*, despertamiento general de la gente dormida, retintín general de las campanillas, balanceo oscilatorio de las lámparas colgantes; parada de los relojes péndulos; estremecimiento aparente de los árboles y arbustos. Algunas personas asustadas huyen de sus habitaciones.

VII—*Sacudida bastante fuerte*. Caída de objetos movibles; las tapias se derriban; repique de las campanas en las iglesias; susto general sin daños en los edificios.

VIII—*Sacudida muy fuerte*. Caída de las chimeneas, rendijas en los edificios.

IX—*Sacudida fortísima*. Destrucción parcial ó total de algunos edificios.

X—*Sacudida de mayor intensidad*. Desastres grandes, ruinas, revuelta de las estratas terrestres; grietas en las capas exteriores del suelo; derrumbamiento en las montañas.

Por un error de copia se dió V como grado de intensidad del terremoto de que me ocupo, cuando en realidad se quiso decir VII ú VIII. Cayeron por todas partes los objetos de equilibrio poco estable, tales como botellas, jarrones, estatuas y santos de madera y de yeso; algunas tapias se derribaron, por ejemplo (en Cartago); las campanas repicaron (en Aserrí) varios edificios fueron seriamente dañados, (las iglesias del Naranjo, Desamparados, Heredia, San José, etc.) En cuanto al susto ni para que decir que fué muy súculo.

Se puede también juzgar de la intensidad de un temblor, por la amplitud de las oscilaciones. El seismógrafo de péndulo invertido (véase fig. 3) amplifica 6 veces; la mayor oscilación antes que el instrumento perdiera su equilibrio, fué de 6 cm, poco más ó menos, de donde se deduce que la amplitud verdadera fué como de *un centímetro*. Esto es, cada molécula de materia adquirió un movimiento oscilatorio horizontal de un centímetro en cada sentido, en dirección NW--SE, que hubiera sido suficiente, si se hubiera prolongado, para echar abajo los edificios más sólidos.

Los terremotos y temblores se clasifican también de acuerdo con el área en que fueron percibidos. La escala más corriente es la del naturalista suizo Forel, que es como sigue:

Grupo 1.º	—	Diámetro del área de sacudimiento,	5km.
»	2.º	» » » » » »	5— 50 »
»	3.º	» » » » » »	50—150 »
»	4.º	» » » » » »	150—500 »
»	5.º	» » » » » »	más de 500 »

La determinación aproximada de este diámetro en cada caso particular sería de mucho momento para el estudio de los temblores en Costa Rica, pues permitiría determinar con bastante precisión el punto de origen de los movimientos y de decidir si los autores de éstos son el Poás, el Momotombo, el famoso *Cacho Negro* del 1889, ó si son la luna, y las conjunciones de Venus. Desgraciadamente este elemento es muy difícil conseguirlo, pues la gran mayoría de los temblores pasan desapercibidos fuera del Observatorio de San José, y aún en éste el servicio no está organizado de manera que haga segura la inscripción de cada movimiento.

De los datos publicados por la prensa se deduce que el temblor del 20 de Enero, pertenece á la clase quinta, pues además de extenderse por todo el territorio de Costa Rica, fué sentido en Bocas del Toro, y, también según parece, en Nicaragua. Se ha querido hacerle cargo al volcán del Momotombo. Es hipótesis plausible, pero no se puede dar fe así no más á los rumores que al respecto se han esparcido. ¿No se han publicado en las repúblicas vecinas noticias de la destrucción de San José? Otros han hablado del Poás. Se han visto por un sólo individuo con visos de vicionario, columnas de humo levantándose de la cumbre del cerro, y esto llegó á saberse despues del regreso de unos excursionistas á quienes se les atribuyó la noticia de haber visto grietas y cenizas frescas en el cráter de aquel volcán: He tenido el gusto de conversar con una de aquellas personas, y he podido convencerme de que no exploraron completamente el cráter, ni vieron las tales grietas, y menos cenizas frescas. Por lo demás la naturaleza geysieriana del Poás, hacía á priori muy improbables tales acertos. ¡Me hacen mucha gracia esas disquisiciones fantásticas de la prensa! Cada escritor cree haber visto lo que le inspira su fantasía y lo da por sentado. Hasta se ha pretendido—después de pasado todo—que aquel mismo personaje que vió los humos (estando *jumado* en duda) había predicho nuestro terremoto. En otros países tales profetas se consideran peligrosos para la salud pública y se envían al manicomio. La ciencia sísmica no puede contentarse con datos contradictorios, ni con simples aserciones. Necesita hechos comprobados y en el caso particular del origen del terremoto del 20 de Enero, fuerza es confesar que los datos son demasiado escasos é inciertos para que se pueda afirmar nada.

LOS NIÑOS

A don Próspero Calderón

¡Ah, los niños! Delicadas flores de sentimiento y de alegría que llenan de perfume los hogares. Tiernas y dulces avecitas que saludan la aurora con la divina canción de la sonrisa.

¿Quién resiste á sus gracias? Sería preciso llevar una piedra dentro del pecho para mirar á un niño con rencor ó con envidia.

Acercaos á una cuna y os sentiréis sobrecogidos de respeto. Son débiles muñequitos de carne sonrosada y nos parecen sagrados. ¿Será la conciencia de su debilidad que obra en nosotros? Ó será la explosión de la vida que ellos representan la que inspira á nuestros ánimos tan profunda reverencia?

Entre todos los cuadros del hogar, hay uno que canta y que palpita con mayores encantos de armonía. La primera sonrisa.

La madre se ha quedado extasiada, con el fulgor de la dicha en el semblante. El padre ha caído de rodillas y en la expresión de su rostro hay dejos de



La primera sonrisa



La primera palabra Mamá

inefable ternura. ¿Qué pasa? Que el niño sonreído el niño. Y el sol del amor, que reina soberanamente sobre el grupo, lanza sus mejores rayos y enciende a sus regias luminarias. La cuna sonreía las rosas del jarrón sonríen también; en el pequeño espejo se retrata la primera sonrisa de la estancia.

¿Y la primera palabra? ¡Ah, quien nunca la ha escuchado ignora la noble fruición de la existencia. El mundo insinuante cae vencido sobre el padre y allí se duerme quietecito. El verbo surge como cascada de luz y la boca

el niño es un tesoro. ¡Cuánta miel y cuánta música; cuántos soplos de romas penetrantes! Le oís? Ha dicho mamá.

Cuando los vendavales de la suerte azoten su existencia, volverá otra vez á sus labios la palabra sagrada y á su mente el recuerdo de la madre. Cuando muera, también ha de salir de su alma, envuelto en el último suspiro, el nombre de la madre.

Ha dicho mamá. Luego dirá muchas cosas; tantas cosas! Cuando hable para decir la verdad, para proclamar la justicia, para cantar á la razón, qué hermosas vibrarán de ser las vibraciones de su voz llevadas por el alado corcel de la palabra.

Es dulce contemplar en sus juegos á los niños. Nos dejan la grata impresión de su ventura de un momento y el temor de la desgracia que miramos con los ojos del alma, acurrucada en actitud de acecho. ¡Son tan sugestivos los gestos de los niños!

Su primer juguete les encanta al principio. Lo contemplan primero asustados, luego lo toman con picaresca cu-



El primer juguete

riosidad, enseguida lo aprietan con cariño para romperlo después. ¡Son tan volubles!

Cuando grandes lo suelen ser también. Sueñan, fantasean, divagan. . . . y cuando alcanzan la dorada ilusión que habían soñado, la arrojan sin piedad y pasan sobre ella en la marcha de sus eternas ambiciones. De niños, juegan á grandes; de grandes, desean ser niños. Y la escena del primer juguete va reproduciéndose constantemente en su existencia.



El primer diente

blanca aguardada con empeño. Parece una semilla de granada que apenas empieza á madurar. Y ha sido el padre el autor de tal hallazgo. ¡Qué

felicidad! Poder ostentar aquel puntito blanco, como una valiosa joya, ante los amigos de la casa!

Ya tiene un diente, luego tendrá un amigo, después una novia. Luego cosechará distinciones, irá colgando de su nombre, uno á uno, todos los triunfos de su vida. Cuando los dientes hayan caído, quizás la soledad de su boca sea hermana de la triste soledad de su corazón.

Ajá, ya dió su primer paso vacilante y medroso. Mirándolo sonreír de su victoria, me entusiasmo y me apeno. Parece un hombre; ya dejó de ser el pobre animalito que se arrastraba hace unas horas. Al verlo avanzar resueltamente por el cuarto, me parece un esfuerzo en marcha, que va á recoger el progreso de los hombres en el punto en que una generación lo ha abandonado para tenderse á dormir su último sueño, y llevarlo hacia adelante, siempre hacia adelante. Pienso después con el corazón oprimido por la congoja, que va al encuentro del dolor. ¡Y es tan duro ese encuentro!

Quien sienta anegado el corazón por la amargura y arder en los labios, como una ascua, la maldición contra la vida, que bese la boquita de un niño siempre fresca, siempre sonrosada.

Los niños alientan y refrescan, rejuvenecen y consuelan. Suavizan las asperezas de la familia y son un lazo que acerca las voluntades que el odio ha separado. Para deponer todo rigor contra las indignidades de los hombres, no hay sino imaginarlos rodeados de sus niños en un rincón cualquiera de su hogar.

Yo os amo, delicadas flores de sentimiento y de alegría que llenáis de perfume los hogares! Yo os adoro, tiernas y dulces avecitas que saludáis la aurora con la divina canción de la sonrisa!

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN



El primer paso

SEÑOR DON PRÓSPERO CALDERÓN

Director de la Revista «Páginas Ilustradas»

Muy estimado señor mío:

San José, Costa Rica.—América Central

La Biblioteca Universitaria de Granada, España, ha recibido del año de sus notables «Páginas Ilustradas» hasta el número 21, faltando los números 1 á 4, 8 á 11 inclusivos, y el 14, 14 y 18, que mediante á la cortés invitación del Director de ese Museo, me apresuro á reclamarle, rogándole que me cese de remitirnos esa interesante publicación, cuyo regalo le agradecemos mucho.—Siempre su afmo.

El Jefe de la Biblioteca,

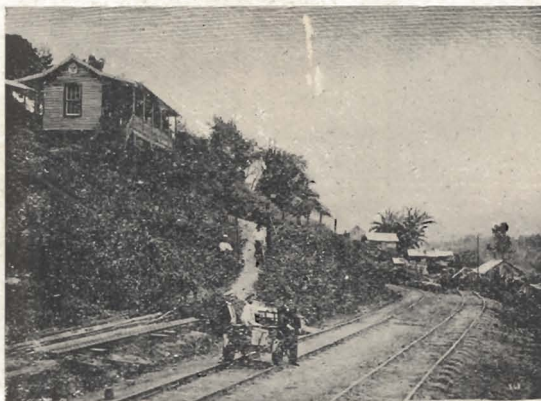
GUILLÉN ROBLES

Por un par de zapatos

I

Muy cerca de la pintoresca villa de XX existe un pequeño caserío en el fondo de un vallecito que se divisa desde una altura vecina, donde el viajero cansado de la monotonía del camino reseco y polvoriento, otea aquel hermoso paisaje con verdadero deleite. Las casitas humildes como chozas, parecen caídas al acaso en los repliegues de aquella cañada donde cada porción de terreno tiene vista desde arriba, un matiz diferente, resultando un conjunto espléndido de colores y de tonos, inmensa alfombra tejida por Céres caprichosa y fantástica.

Los moradores de aquel apartado caserío se dedican al cultivo de unos pocos cereales, de unas cuantas matas de tabaco; y de algunos cuadros de caña de azúcar y de verduras: lo necesario para el mezquino condumio de cada cual. Como buenos costarrriqueños no se dan traza de alterar en manera alguna la viejísima costumbre de cultivar todos y siempre la misma cosa, aún cuando presuman que el artículo al fin de la cosecha va á andar por los suelos, y no sepan qué hacer para salir de sus productos; cada año pasan los mismos trasadores y congojas para ver reunidos en sus



Fot. Rudd. Costa Rica.—Ferrocarril al Atlántico

bolsillos algunas docenas de colones con qué poder comprar lo que no pueden ó no quieren producir. No hay que pensar en innovaciones; el que más, se atreve á labrar algunas maderas que dicho sea de paso las hay abundantes y preciosas en aquellas montañas.

El nombre de ñor Torcuato es allí conocidísimo; su posición pecuniaria y sus dotes de *empresario* le habían dado título bastante para ser el Pontífice del barrio. Urgía dinero para algún enredillo? allí estaba él, que alquilaba cada *onza* (de plata blanca) al bajísimo rédito de un colón por mes. No había trabajo en la casa porque la caña no estaba de moler? ñor Torcuato lo daba, y aún adelantaba dinero á cuenta del producto con mejor

rendimiento que si alquilara algunas onzas. En fin, que con sus chanchullos, y su máquina de aserrar madera que él mismo había construído y montado en su posesión, iba engordando los bolsillos que era una gloria. Tenía una habilidad asombrosa para manejar el hacha, lo que le había valido gran renombre; cuadraba un tronco de cedro y hacía un par de ruedas á puro ojo, y de tal manera, que el compás y la escuadra se quedaban lelos confesando su manifiesta inutilidad. Era de verle parado sobre el enorme árbol recién tumbado, por aquellas manos callosas, como el destazador que corta y desarticula los costillajes de la enorme bestia vencida, dale que dale, sin sentir las caricias del sol que le tostaba el dorso y le hacía sudar copiosamente mientras rumiaba un pedazo de *breva* con verdadera delicia. A fuerza de hachazos que repercutían por los ámbitos del bosque como canto triunfal y sonoro, arrancaba sendas astillas que gemían lastimosamente al ser desprendidas por hercúleo esfuerzo; cada golpe de hacha era acompañado de un pujido, y así parecía que el hachazo era él quien lo soportaba en la barriga; sostenía muy formalmente que si no se daba el pujido á tiempo, la madera no rajaba ni el hacha cortaba bien.

Coleaba ñor Torcuato los cincuenta y estaba resuelto á casarse. Aquella Matías, (oígase bien: la muchacha se llamaba Matías, para honra y gloria del cura que la bautizó y respeto á la autoridad del almanaque). Aquella Matías, decimos, la hija del compadre *mano* Chanto, era su elegida. . . sí, se casaba con ella, ó no se casaría nunca; verdad que su compadre era más po-



Fot. R. L. D. D.

San José, Costa Rica

Planta de la maquinaria del Tranvía Eléctrico

que las lagartijas, pero ello no importaba. Matías constituía su ideal, porque era varonil y hombruna (efectos sin duda de su nombre de pila), y por añadidura mal genio. Acabó de enamorarse de ella, como un perro, desde una vez que la vió uncir á una carreta un par de bueyes *chúcaros*, con la maestría de un boyero. Desde entonces decía refiriéndose á la muchacha con gran énfasis: «*Caray esa mujer es muy hombre!*»

Lo único que proyectaba alguna sombra sobre las gratas ilusiones de ñor Torcuato, era cierta aficioncilla que su novia sentía por el lujo. . . pero

éí la curaría de eso cuando fuera su mujer; qué cuento de *naguas* de paño ni de camisas *alentejuadas*, ni pañuelos grandes de seda, ni cintas anchas *pa* las trenzas, no señor! zapatos? que me corten las orejas. . . . meter las *patas* en *eso*? nunca! quién puede trabajar con zapatos? eso *pa* los vagamundos ó muy ricos; nosotros los pobres no podemos andar sobre los troncos, ni ellas lavar en el río con zapatos en los *pieses*, que sólo sirven *paser* vejigas.

Así discurría ñor Torcuato, sin pensar, infortunado! que uno de los deseos más ardientes de la sin par Matías, era casarse con un hombre de *riales* para ponerse zapatos, sueño dorado de toda su vida. Qué dicha andar calzada! cómo la envidiarían sus amigas cuando fuera á misa á la villa los domingos, y la vieran subir iglesia arriba taconeando con sus zapatos chilladores al son del chis, chis, chis. . . .!!

II

La boda de ñor Torcuato y Matías (prosaicos nombres!) estaba concertada y ñor Chanto reventaba de gozo entre sus holgados calzoncs de mezcilla.



Finca de ganado en Guatemala

Se esperaba al novio que había ido á comprar las *donas*, no á la villa sino á la capital de provincia. ¡A las cinco de la tarde llegó, caballero en un flaco jamelgo, con una gran maleta. La entrada de César en Roma no causó mayor sensación que la que allí se experimentó. El novio estaba orgulloso; había comprado de todo y bueno, hasta un *pañuelón* de seda azul-turquí que allí mismo declaró, mirando muy fijamente á su amada Matías, haberle cos-

tado dos onzas y una cuarta (no dejaba la vieja costumbre de hablar por onzas). A Matías le dió un vuelco el corazón; naturalmente! los zapatos lucen más con *pañuelón*, y aún cuando le retozaba en la boca la pregunta sobre los suspirados zapatos, no quiso decir nada; aguardó á que ñor Torcuato que iba sacando paquetes y envoltorios, los pusiera de pronto ante su vista; pero el inventario tocó á su fin y nada. . . .! sería posible?

El futuro suegro estaba con la boca abierta; los chiquillos que rodeaban la mesa no pestañeaban viendo tanta ropa nueva que olía tan bonito, y Matías roja como si la sangre fuera á saltar de su rostro, miraba á su prometido. . . . no había comprado zapatos aquél. . . .! Así fue que lanzó un

phiss! que sonó como silbido de desprecio tan profundo que todos se quedaron admirados.

—Pero *niñá*, la dijo su madre; en lugar de *dale* el «Dios se lo pague» *líasés ché* á lo que te *trujo*?

—Vea usted lo que son éstas.... gruñó *ñor* Chanto que estaba como sal en agua. *Ñor* Torcuato se quedó estupefacto; él que creía anonadar á aquellas pobres gentes con tamaña esplendidez obtenía de su novia semejante pago?

—Vea, Matías, balbuceó, todo confundido; *sies* que no le *cuadra* algo *deso* dígamelo con confianza, y déjese de *sátiras*.....

Idiay, estalló la aludida, usted piensa que me voy á casar sin *pus asina* descalza....?

—Con zapatos!!.... ah, eso sí que nó, exclamó el novio con un acento de firmeza tal, que dió á entender que sería inexorable.—Zapatos, nunca, eso nó!!

—*Pos* no me caso, no me caso, y no me caso! gritó furiosa Matías.

—*Peruija*.....!

—No me caso, *yastá*!! y salió de la sala como un torbellino. Para no cansarte, lector, no hubo boda.

N. CARO DE ARAGÓN

Pensamientos

—El egoísmo es una virtud cuando se emplea en realzar á los que adoramos.

—El amor propio es una vívora dormida. Es imprudente pisarla, á menos que no se le aplaste.

—Cuando una corriente nos arrebatara, vale más seguirla que ir en contra de ella, aún cuando conduzca al abismo.

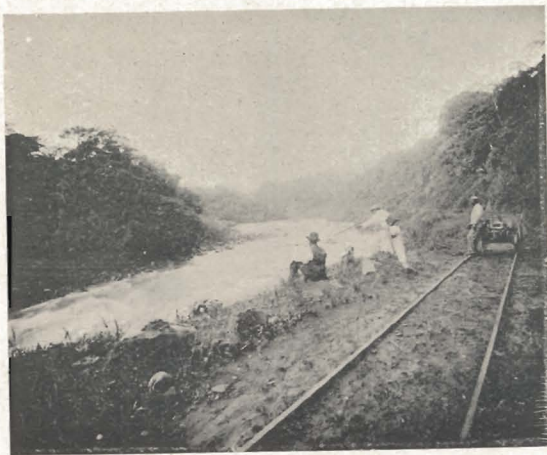
—No todos los corazones se compran; pero todos se dan.

—La sumisión no es la servidumbre.

—Soñar es la suprema felicidad de los hombres de acción.

—El infortunio solo vuelve malos á los hombres débiles.

—El corazón se juzga con el corazón.



Fot. Rud

Línea férrea al Atlántico á la orilla del Río Reventazón

Musa mía

Para Páginas Ilustradas

¡Oh señora de ojos negros, milagrosa
virgencita de mi cielo ¡
¡Compañera cariñosa
de mi vida !

Fiel amiga en las horas de tristeza !
Con tus besos de ternura
cuántas veces la amargura
de mi lóbrega orfandad,
has trocado en las delicias
de tu mágica poesía

Yo te adoro, musa mía,
en la triste adversidad.

*

¿Cómo puede abandonarte
quien te debe sus delirios
ha calmado sus martirios
en tu pecho virginal ?

.....

Cómo puede separarse
paloma que huye al frío,
de la fronda guarecida
que no azota el vendaval ?

.....

Cómo puede ser ingrato
que todo lo ha perdido
ha encontrado amable nido
tu seno maternal ?

1905

860



*

Eras mía cuando tierno,
de los padres que adoré
recibí el último beso.

Cuando el cielo reclamando
á dos ángeles que huyeron
de su alcázar,
y que fueron

mis pequeñas hermanitas
Tú, mi buena protectora,

tú, solícita,
consolaste mis pesares de inocente
con tus labios que vertieron en mi frente
sus caricias.

E. CARRASQUILLA MALLARINO

La edad de Margarita Bonnet

I

Acaban de abrirse las salas de juego en el Casino de Monte Carlo.

El movimiento era incesante. Hombres y mujeres de todas edades y condiciones iban y venían, formando una abigarrada muchedumbre.

M. Bonnet y su esposa Margarita, acomodados tenderos de la Calle de Aboukir, que hacen su primer viaje después de quince años de matrimonio, están asombrados ante el lujo que á sus ojos se desplegaba.

Los dos esposos se deciden á entrar en las salas de juego y se acercan á una de las ruletas.

Margarita arriesga un luis y gana. M. Bonnet, visiblemente satisfecho, se aleja y se acerca á otra mesa. Arriesga tres ó cuatro billetes de quinientos francos, y la suerte le es siempre adversa.

Pásase entonces la mano por la frente y se retira profundamente contrariado.

—¡Maldito juego!— exclama.—Por fortuna, Margarita, que en todo es muy afortunada, estará ganando, sin duda.

Luego se acerca á su mujer, no sin trabajo, porque al rededor de la mesa hay varias filas de espectadores, y en voz baja le dice:

—¿Cómo va eso, Margarita?

Su esposa, sin mirarle, le responde bruscamente:

—Déjame sola, no vayas á traerme la desgracia..... Y, además, dame quinientos francos. Me gusta tener siempre dinero sobrante.

—Toma, hija mía, pero sé prudente. Si perdieases todo lo que te he dado no me quedaría gran cosa.

—Me estás aburriendo. ¡Vete de aquí!

M. Bonnet se retira y se dirige á los jardines que descienden hasta mar.



Fot. Rudd

San José, Costa Rica.—Casa de habitación de don A. André

II

Cae la tarde y M. Bonnet, que empieza á sentir apetito, entra de nuevo en el Casino para recordar á su esposa que ha llegado la hora de comer.

Pero Margarita está tan agitada, tan nerviosa, que su marido se queda contemplándola humildemente y como temeroso de dirigirle la palabra.

—¡Si estará perdiendo!— dice para sí M. Bonnet.

Al fin el infeliz se decide á acercarse.

—¿Cómo anda eso, Margarita?

—¡Cállate, por Dios, y déjame en paz! Esto anda mal, pero no tardará en favorecerme la suerte porque he encontrado una martingala infalible. Voy á apuntar á los números. Voy á jugar al día del mes y á la edad del Príncipe de Mónaco. Estoy segura de ganar.

M. Bonnet espera resignado. ¿Por qué no ha de abrigar confianza, ya que su mujer tiene la seguridad de triunfar?

Sin embargo, el bueno del tendero se inclina tánto hacia su cara mitad que está á punto de caer sobre ella. Para sostenerse se ve obligado á apoyarse en sus hombros.

—¡Qué desdichado eres! Me has traído la mala suerte! ¡Otros doscientos francos perdidos! ¡Dame todo lo que te queda!

—¡Pero mujer, no me quedan más que trescientos francos!....

—Bueno, dámelos. Con eso me basta para el desquite y algo más. Voy á jugar á dos números, y si gano me pagarán diez y siete veces lo apuntado. Cinco luises sobre la edad de tu hermano Julio y otros cinco sobre la tuya: el 34 y el 35.

Gira la ruleta, y el empleado dice:

—¡El número 21.

—¡Demonio!—exclama M. Bonnet—Detente, hija mía. Mira que si perdimos lo que ahí te queda, tendría que telegrafiar á mi cajero y esto produce siempre muy mal efecto.

—¡Déjame en paz, hombre! ¡Tú no sabes lo que te dices! No es posible perder siempre. ¡Ya verás! ¡Voy á apuntar ahora al número de mis años. Pero vuelve la cara al otro lado. No mires, porque echaríamos á perder la combinación.

M. Bonnet se separa dócilmente, vuelve el rostro y espera con impaciencia el resultado de la jugada. Está sumamente nervioso y dice para sus adentros.

—El caso es que si saliese el 33, como Margarita tiene treinta y tres años cumplidos, ganaría de un solo golpe siete mil francos. ¡Una friolera! Con esa cantidad podríamos comprar la casita de campo de Chalon que tánto nós gusta.

—¡El 33!—grita el Jefe de la partida.

—¡Dios sea loado!—exclama M. Bonnet—¡Hemos ganado!

El tendero de la Calle de Aboukir está tan hondamente emocionado, que se ve obligado á contener con la mano los latidos de su corazón.

Loco de contento, vuelve la cara para contemplar el rostro de su mujer, que supone radiante de alegría. Pero nada de eso. Margarita se levanta como movida por un resorte, y al pasar golpea con su sombrilla el cráneo de un caballero muy corpulento que se halla de pie detrás de ella.

—¡Imbécil!—le dice en voz baja—¡Ud. es quien me ha hecho perder!

—¿Yo?



Finca en Guatemala

Propiedad de don J. F. Rodríguez

—Sí, señor, usted, que me ha mirado como un idiota cuando le he dicho á mi marido que iba á apuntar al número de mi edad. ¿Qué le importa á Ud. saber los años que tengo? Dí, marido mío, qué le importa?

—Nada, absolutamente. Pero ¿qué ha pasado?.....

Margarita Bonnet se hechó á llorar, y á los pocos momentos contestó:

—¡La cosa más sencilla del mundo! ¡Ya comprenderás que me sobra la razón! ¡Cuando noté que ese caballero deseaba saber mi edad.....en vez de apuntarme al número 33, apunté al 29!....

MASSON FORESTIER

DE MI HOGAR

Tengo en mi casa un pimpollo
hecho de nieve y de rosa,
es un diablillo animado
por una fúlgida aurora;
tiene los ojos azules
y la cabellera blonda,
una mirada traviesa,
una risa juguetona,
un olorcillo indecible,
diré mejor, un aroma
desconocido al olfato
de las extrañas personas,
pero que percibe el alma
de toda madre amorosa.
Ha visto tres primaveras
y bajo su bata asoman
unas frescas pantorrillas
tan tiernecitas, tan gordas,
que no basta que las bese,
precisa que me las coma.
Sin darse cuenta, el muñeco
hace unas gracias tan monas,
que me parece mentira
que sepa ya tantas cosas:
sabe montar á caballo
sobre cualquiera persona
y dar vueltas de carnero

con suerte tan caprichosa,
que á veces sin dar la vuelta
enseña todas las formas;
habla con tanta cordura
como cualquiera cotorra,
conoce el arte difícil
de hacer de todo una bola
y arrojarla por el suelo
rompiendo así lo que toca;
con su presencia disipa
hasta las penas más hondas;
de todo su cuerpecito
emana una risa loca
y cuantos le ven de cerca
al punto se sugestionan:
en fin, en casa tenemos
un pedacito de gloria.
Si alguno dice al oírme
que yo exagero las cosas,
que ni es tan hermoso el chico,
ni merecè esas lisonjas,
he de responderle, amigo:
será usted buena persona,
pero de fijo no es padre,
pues todos, á la redonda
hablando de nuestros hijos
contamos igual historia.

LINEAS

Será feliz un loco? Yo he pensado
Que esa espantosa y lúgubre quietud,
Ese cerebro en donde ya no entra

La gloria de la luz;

La razón extinguida; la memoria
Sin las reminiscencias del ayer.
Vencido el pensamiento que es un monstruo

A las veces cruel;

Recuerdos, es; eranzas, ideales . . .
Todo muerto! una calma sepulcral. . .
Estar loco ¡Dios mio! yo he pensado
Que eso es felicidad.

ISAÍAN GAMBOA

Sonsonate. 3-20-95.



EL PRIMO

Nuestro amigo, el conocido y chispeante escritor don Jenaro Cardona (N. Caro de Aragón), tiene lista para imprimir una novela de corte netamente nacional y cuyo título es el que encabeza estas líneas.

Bien conocido es Jenaro en el campo de las letras para que nos pongamos á prodigarle aplausos desde ahora, ó pronosticarle la buena acogida que seguramente obtendrá su libro.

La mejor recomendación que podemos hacer de su bello trabajo es la carta que á continuación insertamos del distinguido escritor General Rafael Villegas:

San José, Marzo 30 de 1905

SEÑOR DON JENARO CARDONA

P.

Mi muy estimado amigo:

He leído con atención, y le diré que hasta con entusiasmo, el manuscrito de su novela titulada *El Primo*.

El argumento es nuevo en nuestra literatura vernácula; el desarrollo completo, aunque quizá podría caber en él más detalle para agrandar la fantasía del libro, y el estilo me parece de una corrección y sobriedad á prueba de la crítica más exigente. Como novela nacional se ajusta enteramente á nuestras viejas costumbres, y no he hallado en ella rastros de esa literatura de importación que hoy está muy en uso, oliente á polvo de *boulevares*.

Me parece su libro el mejor de cuantos se han escrito entre nosotros en ese ramo literario.

Lo felicito cordialmente por él.

Soy su affmo. amigo y S. S.,

RAFAEL VILLEGAS